

BUENOS SAMARITANOS

WILL CARVER

BUENOS SAMARITANOS

Traducción de
Yara Trevethan Gaxiola

 Planeta

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Christophe Prehu

Fotografía de portada: © Shutterstock

Fotografía del autor: © Donna-Lisa Healy

Título original: *Good Samaritans*

© 2018, Will Carver

© Traducción: Yara Trevethan

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2020

ISBN: 978-607-07-6685-5

Primera edición impresa en México: abril de 2020

ISBN: 978-607-07-6701-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

No te limpia, no tanto cloro. Cierto que existen cremas faciales de venta al público que ayudan a la piel seca o eliminan las manchas que se forman por la sobreexposición a la luz del sol, y su eficacia está clínicamente comprobada. Pero es mínima.

Para quienes padecen eczema, un baño de cloro podría ser recomendable. Tu dermatólogo te dirá que el cloro puede disminuir de manera significativa la infección del estafilococo dorado, una bacteria predominante en las personas que sufren de esta afección de la piel. Sin embargo, se recomienda no usar más de media taza de cloro en una tina llena hasta la mitad. Porque no hará que tu piel brille como lo hace con el escusado. Se quemará. Se ampollará. Sangrarás. Te dolerá hasta el alma.

A menos que ya estés muerto.

Es el momento previo a que te duela hasta el alma. Esa sensación de ahogo que en ocasiones puedes sentir cuando alguien mucho más fuerte que tú aprieta tu tráquea con todo su peso. Lo que duele es la falta de aire, no el cloro.

Y después, mientras mueres, está ese extraño zumbido en los oídos; tu rostro pierde color y eso ayuda a los médicos forenses a determinar la causa de la muerte, aunque

las marcas sobre tu cuello son señales muy reveladoras. Y la manera en la que ahora tus ojos salen de sus órbitas. No sabrán con certeza si sentiste mareos o si tus músculos hormigueaban y el cloro se hará cargo de la sangre que brote de tus oídos y tu nariz.

Pero no te preocupes por el cloro, por las seis botellas que se vertieron, junto con un poco de agua caliente, en la tina en la que estás echado y donde permanecerás algunos días. Ahí donde te limpias por completo conforme el producto químico consume todo tu cuerpo y elimina el color de tu cabello. Esa parte no dolerá.

Por eso no es necesario enjuagar tu piel con agua fría ni envolver tus heridas con plástico; pero, aun así, sucederá. Se ocuparán de ti. Te cortarán las uñas y cepillarán tus dientes, en caso de que hayas mordido o rasguñado cuando todavía podías sentir dolor.

Y no tendrás frío cuando te avienten a una zanja, en un campo o un sotobosque, cubierto solo con un plástico para proteger tu pudor y cubrir tu piel manchada. Por supuesto, tu cuerpo estará frío, pero no lo sentirás.

Todo estará bien. Solo permanece allí. Descansa.

Esperemos que alguien pasee por ahí con su perro, que una pareja apasionada se acueste en el lugar equivocado o que un niño vaya a buscar su pelota cerca del árbol incorrecto.

Espera a que el Buen Samaritano te encuentre.

Te encontrarán.

ESA SEMANA
DOMINGO

Estaba preocupada. No cabía duda. La lista de las cosas que odiaba de mí misma era larga y fácil de inventariar. Y como tanta gente que necesita el apoyo de las personas que la rodean, que necesita poder hablar sin miedo a ser juzgada o a hacer el ridículo, que necesita amor, ánimo y pensamientos positivos, yo estaba sola. Todos se habían rendido. Incluso quienes aún formaban parte de mi vida, esperaban, contando los días, esa llamada telefónica que les informara que, finalmente, lo había logrado, y así ellos podrían continuar con sus vidas sin que Hadley Serf se entrometiera en su camino.

Ya había tratado de suicidarme.

Lo había intentado muchas veces.

La primera —en fin, la que todo el mundo pensaba que había sido la primera vez— fue el clásico intento de cortarme las venas. A pesar de lo mal planeado y lo pésimamente ejecutado, la gente comenzó a poner atención y a escuchar.

Estaba sola en mi departamento y estaba harta. Tomé una navaja de afeitar con la mano derecha, la coloqué sobre mi antebrazo, la presioné contra la piel y corté hacia abajo, sobre la muñeca, hacia la palma de la mano. Yo hubiera hecho el corte a lo largo de la muñeca, pero vi una

película en la que explicaban claramente que esta no era la manera de hacerlo. Qué vergüenza que te encuentren muerta con las muñecas seccionadas de forma equivocada. Nunca lo hubiera superado.

Solo me corté la muñeca izquierda, un buen tajo de diez centímetros en el brazo, y luego llamé a mi novio; él llegó y me llevó al hospital. Después, responsable y diligente, llamó a mis amigos para informarles.

Del lugar en el que se encontraban, se apresuraron a mi lado para verme.

No lo entendían. Era incómodo.

Y lo sigue siendo, puesto que en realidad nunca se han molestado en escarbar un poco más profundo.

En comprender hasta qué punto no me soporto. Y esa lista de cosas que detesto, que no puedo arreglar, y que va en constante aumento.

Comentan entre ellos y dicen que es culpa de mi padre, que toda la vida ha sufrido de depresión, pero no lo reconoce. Él siempre ha menospreciado a Hadley, eso es lo que dicen. Y hablan de otras cosas: «No veo por qué está tan deprimida, sus padres tienen un montón de dinero».

Bostezan. Resoplan. Escupen.

Por supuesto que a mí no me importa la ostentosa riqueza de mi familia. Pensé en mi padre, mi madre y mi hermano menor antes de pasar la navaja por mi piel y exponer una vena azul oscuro que ponía en libertad un hermoso gusano carmesí. Pensé en ellos y en lo mucho que les dolería saber que estaba muerta. También pensé en mi novio. Y en todos mis amigos. No fue una decisión que tomara a la ligera. Suponía que, a la larga, sus vidas serían verdaderamente mejores, más plenas, sin mí. E imaginé que la

mía mejoraría muchísimo si ya no me interpusiera en mi camino.

Lloro.

Aparento

Sangro.

Se lo he tratado de explicar a mis amigos y ellos han intentado entender. Fueron comprensivos durante un par de semanas, pero luego pensaron que lo había superado y continuaron con sus vidas.

Mi novio terminó conmigo una o dos semanas después.

—Samaritanos, ¿en qué puedo ayudarle?

Siempre empieza así. Era la tercera llamada que recibía esa noche. Ningún suicida, ese era un error común. Solamente era tarde. Con frecuencia, las personas llamaban porque todos sus amigos estaban dormidos y no tenían a nadie con quien hablar sobre sus problemas de pareja, preguntar sobre su sexualidad o solo porque se sentían solas.

En ocasiones, no muchas, se trataba de una broma. Alguien que no necesitaba platicar, que no requería ayuda, a quien ninguna pregunta —que no pudiera resolver por sí mismo— le consumía las entrañas. Una persona que, por el contrario, cree que es gracioso hacerle perder el tiempo a los otros; interrumpir los valiosos segundos de quienes en verdad necesitan apoyo y compañía.

Él ya había recibido tres llamadas. Ninguna de ellas fue una pérdida de tiempo, no para él. Estaba ayudando; estaba ahí para quienes lo necesitaban más.

Trataba de llenar el vacío en su interior.

Trataba de purificarse.

Se llamaba Ant. Tenía veinticinco años. Había terminado la universidad y viajado con su amigo James por Australia, Nueva Zelanda y Fiji. A los dos meses de lo que

parecía ser su mayor aventura, Ant encontró a James colgado detrás de la puerta del baño, con un cinturón de piel alrededor del cuello y su pito en la mano.

Parecía un accidente; con frecuencia, estas situaciones lo parecen. El viaje terminó porque Ant ayudó con el papeleo para enviar el cuerpo de regreso a Reino Unido. Y justo cuando estaba a punto de averiguar lo que quería hacer con su vida, Ant perdió el camino.

Impuro y sin esperanza.

Eso cambiaba todo. Desde ese momento en adelante, se sintió irremediabilmente sucio.

En un esfuerzo por lidiar con lo que había sucedido, se ofreció como voluntario con los Samaritanos. Y ahora, años después, seguía aquí escuchando a alguien que probablemente deseaba seguir el camino de James; pero esta vez, él podía ayudar.

Y cuando lo hacía, solo en ese momento, se sentía un poco menos impuro, un poco menos perdido.

En general, solo colgaban el teléfono.

Quienquiera que fuera.

Seth no lo sabía.

Él solamente marcaba un número al azar.

Esperaba establecer algún vínculo.

Sucede más o menos así.

Hay dos sofás en el salón. Uno para Seth, de dos plazas, en el que se sienta. Otro para su esposa, de tres plazas, donde ella se recuesta e, invariablemente, se queda dormida a la mitad de un programa de televisión que insistió en que vieran. A esto se le llama matrimonio. Rutina. Sentar cabeza. Establecerse. Conformarse. Él cree que ella no es consciente de que son infelices. Porque es demasiado patético pensar que ambos permiten que esto suceda.

Ella se pierde la segunda mitad del programa. Él lo ve hasta el final, solo por si ella se despierta y se da cuenta de que él está interesado en algo que no le derrite el cerebro y hace se le escurra por los oídos. Lo que él quiere hacer es apagar el televisor. Leer un libro. Hacer un poco de ejercicio. Masturbarse. Tomar uno de esos cojines del sofá con motivos florales, uno que en verdad relacione todo lo que

hay en la habitación, y colocarlo sobre su rostro, presionar con fuerza para nunca tener que volver a tragarse otro minuto de *Las geniales amas de casa privilegiadas de alguna ciudad estadounidense que me interesa un comino*.

Desea un poco de calidez.

Sentirse amado. Necesitado. Deseado.

Pero lo soporta. Lo mira mientras ella ronca. No recuerda el nombre de ninguno de los personajes; así como ya tampoco recuerda nada que le agrade a su mujer, ni siquiera las razones por las que se enamoró de ella.

Así es.

Aparecen los créditos. La despierta. Ella se disculpa. Él responde algo así como: «No te preocupes, amor. No te perdiste de mucho». Luego, ella se va a la cama. Antes, acostumbraba darle el beso de las buenas noches, pero hace ya un par de años que dejó de hacerlo. A él le agrada que así sea. Eso no se hace. Era forzado.

Después se queda solo, con sus pensamientos, sus ideas, sus angustias. Y nadie con quien compartirlos. Nadie que aligere la carga.

Quiere levantar el teléfono y marcar un número. Pero es muy temprano. Es como admitir la derrota. Esta noche podría ser la noche. Podría quedarse dormido. Podría permanecer dormido.

No se rinde ni lo posterga.

Así es siempre.

Así ha sido durante dieciocho años.

Su velada continúa.

Pasa los canales de televisión, uno tras otro, sin ningún objetivo específico. Quizá con la pequeña esperanza de encontrar una película en la que una mujer muestre los senos,

porque no siempre puede confiar en su imaginación cuando desea agarrarse el miembro. Ya no tienen sexo. Él cree que tal vez se adormezca después del orgasmo. Quizá. Antes era capaz de controlar el final, de prolongarlo, de hacerlo durar. Ahora, se parece mucho a un trabajo. Ya no se trata de placer.

Es la verdad y la nada. En el momento del clímax, cuando no puedes negar el gozo del orgasmo, por corto que sea, hay una irremediable nada. En ese instante, todo es verdad. Y él se aferra a eso, porque todo lo demás en su vida parece ser una estúpida mentira.

Seth no puede dormir y ese es un problema. Afecta toda su vida y todo en su vida afecta la falta de sueño.

Después, todo se viene abajo; el inevitable descenso. Porque no existe otra cosa que supere ese medio segundo de gozo. El nefasto día de Seth está a punto de empeorar.

¿Podría esforzarse más? ¿Debería? La situación no es desagradable. Nunca discuten. En ocasiones, ella lo menosprecia, pero él supone que solo lo hace para sentirse mejor consigo misma. Ha escuchado decir que el matrimonio es un compromiso. Se imagina que eso es lo que está haciendo aquí: comprometiéndose. A veces, le permite que lo haga sentir como una porquería, y otras, para compensar, ella se va a la cama temprano.

Tiene ideas que van más allá de su increíble falta de talento, pero piensa en cosas; en todas esas cosas que podría hacer, pero se convence de que no tiene el tiempo. Podría abandonar su vida. Podría salir y comenzar de nuevo. Podría tomar su clarinete, volar a Nueva Orleans y tocar en las calles. Podría leer más y no las doscientas novelas contemporáneas que su esposa ingiere cada año mientras

se transporta al trabajo, y que olvida a los segundos de haberlas terminado. Libros importantes. Todos esos estadounidenses que vivieron en París en los años veinte y escribieron textos que deberían ser leídos. Podría aprender un idioma. Podría hacer cualquier cosa. Tiene el tiempo. Pasa mucho tiempo despierto. Lo que lo detiene es su estado mental.

Tiene el ánimo. La condición, deprimida. Su cerebro se acelera. Estos tres sencillos ingredientes son suficientes para que ahora Seth se mantenga despierto las próximas seis horas. Una cuarta parte del día sin hacer nada. Se siente cansado. Exhausto. Pero de algún modo hiperreceptivo. Estimulado. Sin embargo, sin ánimo de hacer nada. Solo desea dormir. Y no puede.

¿En esto se ha convertido ahora?

¿Quién era antes?

¿Era amable? ¿Lo sigue siendo?

Pasa tres horas golpeando el suelo con el pie y pasando los canales en el televisor. Mira a medias un programa antes de cambiar de canal de nuevo.

Por último, se decide y levanta el auricular. Hojea su agenda de teléfonos, su directorio improvisado, elaborado a partir de una base de datos de miles de clientes que habían hecho pedidos en DoTrue, la compañía de computadoras donde trabaja. Encontró el archivo mientras corregía un error en la laptop de su jefe.

Seth se detiene en una página al azar. Marca el número y espera. Suena siete veces. Un hombre responde. Su acento parece ser el de alguien que vive a 110 kilómetros al norte de donde se encuentra Seth.

—¿Hola? —pregunta.

—¡Ey! Soy Seth. No puedo dormir. ¿Quieres hablar?

—Vete al diablo, anormal.

Azota el teléfono al colgar.

Y así empieza.

Otra noche.

Era una noche fría en Warwickshire, pero Teresa Palmer no sentía nada.

Había permanecido algunos días en ese lugar, oculta entre cuatro o cinco árboles. Con el tiempo, la gente contaría la historia de cómo la encontraron en el bosque, porque eso hace que la historia sea más romántica; de algún modo la vuelve más sombría, más aterradora. Sin embargo, los noticieros locales y nacionales hablarían del sotobosque o de la arboleda.

La tumba era poco profunda. Uno pensaría que, a estas alturas, ya la habrían encontrado. No tardarían mucho. Quienquiera que la haya dejado ahí, debió tener prisa. O quizá solo fue un descuido. Arrogancia. No quiso ensuciarse mucho las manos.

No pasará mucho tiempo antes de que un hombre se interne en el bosque-sotobosque-arboleda, con una bolsa de plástico en la mano, pensando que solo va detrás del árbol para recoger las heces de su beagle.

No mucho, hasta que el cuerpo del hombre se paralice y respire de manera nerviosa y deliberada.

No mucho, hasta que lance un grito ahogado que solo su perro fiel escuchará.

No mucho, hasta que llame a la policía para informarles que encontró un cuerpo decolorado e hinchado, envuelto en plástico.

En realidad, no pasaría mucho tiempo antes de que el detective sargento Pace descubra que la mujer que habían reportado como desaparecida estaba muerta. Y que es la segunda persona que encuentran así, a varios kilómetros de su casa. Sola y muerta.

El detective sargento Pace es una sombra.

El detective sargento Pace es paranoia.

El detective sargento Pace está perdiendo.

Pastillas. El siguiente intento fueron pastillas. Es bueno probar cosas nuevas.

Las pastillas pueden ser una buena manera de irse. Tomarse un trago. Ingerir las tabletas suficientes como para aturdir a un pequeño elefante. Adormecerse sin dolor, el descanso eterno.

Sin embargo, cuando este asunto de las pastillas no sale bien, es horrible.

Tampoco eso de las píldoras me salió bien.

Mis amigos harían comentarios como: «Si en verdad quería morirse, pudo haberlo hecho bien. Conseguir una pistola. Saltar desde un edificio muy alto. Esto es un grito de ayuda». Se equivocaban, pero era lo que deseaban creer. Sin embargo, aun así, no ayudan.

Tenía un nuevo novio. Siempre pensé que eso ayudaría. Era mucho mejor que el que me abandonó cuando surgió el primer problema. Mis amigos lo estimaban. Yo lo amaba. Y parecía que él me amaba a mí.

Pensaba en él mientras me metía otra pastilla a la boca, sentada en el lugar del conductor en mi viejo Fiat. Rememoré nuestras vacaciones en Roma, cuando salimos por la ventana de nuestro cuarto de hotel, subimos al techo e

hicimos el amor bajo el oscuro cielo italiano; el tráfico zumbaba debajo, a nuestro alrededor. Recordé cómo me hizo sexo oral y el sonido de mi orgasmo ahogado por los cláxones de miles de motocicletas que se abrían paso en el tránsito incontrolable.

Evoqué nuestras sonrisas y risas, sus dientes blancos, su piel morena y los músculos de su espalda que me encantaba apretar mientras nos besábamos. Decidí que él estaría mucho mejor sin mí; yo lo arrastraba al fondo.

Así que me tragué una pastilla y bebí agua. Tragué otra pastilla y bebí agua. Tragué y bebí. Tragué varias más. Sentí los ojos pesados. No merecía la pena escuchar la música de la radio. No merecía la pena morir. Por eso abrí la puerta y salí del coche, pero mis piernas no me respondían y cedieron bajo mi peso. Al caer, me golpeé el ojo derecho con la puerta. Después, me raspé la mejilla contra el concreto sobre el que aterricé. La pantalla de mi celular se rompió bajo la presión de mi cuerpo. Lo saqué del bolsillo y llamé a mi novio para decirle lo que había hecho y dónde estaba. El chico al que amaba.

Un par de dedos hurgaron en mi garganta y vomité en el piso, cerca de mi rostro. Luego, me desmayé. Así me encontraron. Completamente derrotada por la vida.

En el hospital dijeron que necesitaba una evaluación y durante unos días me enviaron a un lugar para que me revisaran, me picotearan y me diagnosticaran. Mis amigos me visitaron. Dijeron cosas como: «Esta vez estuvo cerca», y «No puedo creer que le haya hecho esto. Él es tan amable. No es posible que no haya pensado en él».

Pero esos amigos seguían a mi lado y me cuidaban; llamaban todos los días; hablaban de todo y de nada y trata-

ban de comportarse como si todo fuera normal. Pero nada era normal. Todo duró como diez días. Y, para colmo, ese novio que me amaba tanto duró otros tres.